

los fenómenos celestes o los accidentes geográficos. Y Briand D. Stubbs, "A Bat out of where?", crea una nueva protoforma para el término murciélago, *\*pati ?a* en lugar de *\*paca* propuesto por Wick Miller.

Dos ejemplos más de reconstrucción son los ensayos hechos tomando en cuenta varias disciplinas. El primero es el artículo de Jane Hill, "Dating the Break-up of Southern Uto-Aztecan". En él, la autora se beneficia de la arqueobotánica, y, con base en las cognadas para maíz, chile, calabaza y frijol, fija la fecha de división del proto-sureño entre el 1 y el 400 d.C. El segundo se debe a John P. Carpenter y Jonathan B. Mabry, "La arqueología de los grupos yutoaztecas tempranos". Con ayuda de la prehistoria, la glotocrología y la arqueobotánica, delimitan el periodo de 3500-1500 a. C. como el momento en que los hablantes de las lenguas yutonahuas se asientan en Arizona, Sonora, la Sierra Madre y las planicies costera de Sinaloa, creando un *continuum* lingüístico-cultural. Como puede verse, estas propuestas nos llevan a sutilezas inimaginables para pioneros como Buschmann, o quizá para nosotros que no hemos leído bien a Buschmann. Con esto quiero decir simplemente que el libro recoge los formidables esfuerzos del pasado y que nos avisa de un mejor futuro, que ya está anunciado en la tercera parte.

Para terminar, señalaré que la tercera parte recoge las "Investigaciones recientes". Son ocho los ensayos de diez estudiosos los reunidos en esta sección, en los que las lenguas sureñas —náhuatl, tarahumara, pima, yaqui y mayo— son estudiadas en sus rasgos más íntimos. Se deben ellos a investigadores conocidos: Mercedes Montes de Oca, Valentín Peralta, Zarina Estrada, Elva Álvarez, Andrés Lionnet, Larry Hagberg, Lilian Guerrero, Adriana Gurrola, María Elena Castillo y Maximiliano Muñoz. La tarea de todos ellos es mirar con lupa y afinar los trazos de las huellas que Buschmann descubrió en la lengua azteca en su largo peregrinar por la geografía de Norteamérica.

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA

Arturo Rocha, *Nadie es ombligo en la tierra. Ayac Xictli in Tlalticpac. Incapacidad en el México antiguo. Cultura Náhuatl*. México, Teletón, Miguel Ángel Porrúa, 2000, 190 p. ils.

La historia de la humanidad, desde sus más antiguas culturas ha sabido mostrar la diferencia existente entre lo perfecto y lo imperfecto, entre lo normal y lo anormal, entre lo común y lo extraordinario. Con

lúcida inteligencia, hombres de todos los tiempos y lugares han distinguido las anomalías físicas, psíquicas e intelectuales que se presentan en sus comunidades. Las han representado en su arte, las han explicado en sus escritos filosóficos y religiosos y a través de sus interpretaciones sabemos que esa diferencia se da desde los tiempos primitivos. Las macizas culturas de Egipto y la Mesopotamia dejaron testimonios de esas diversidades. Los pueblos del Mediterráneo no fueron ajenos a ellas. La Helade con su vigoroso culto a la perfección física y espiritual, supo contrastar las diferencias físicas de hombres y mujeres, pero también y muy profundamente las morales e intelectuales. Elaboró cánones de perfección pero también subrayó las conductas irregulares, las anomalías. Su rica simbología le permitió expresar en figuras extraordinarias, algunas formas de incapacidad que fueron abundantes.

El Mundo Medieval que recibió formas e ideas de las grandes culturas y también numerosos elementos de los pueblos marginales; que padeció cruentas guerras, mortíferas epidemias, continuas hambrunas y que experimentó la mezcla de etnias ajenas que modificaron almas y cuerpos, advirtió las incapacidades humanas y supo representarlas en forma real y fantasiosa. Mezcló también encontradas consideraciones morales a su tratamiento: prácticas bárbaras con muestras cristianas fraternales en su convivencia.

Dentro de estos valores, pero presente una certidumbre de humanidad, de tratamiento a la otredad disforme, no cruenta sino generosa, se desarrollan las culturas precolombinas. Las enormes diferencias existentes entre unas y otras, el primitivismo más reactivo y oscuro de unos grupos y el desarrollo luminoso de otros, forman un mosaico muy diversificado, igual al que se advierte en grupos del mundo asiático, africano y aún europeo, que obliga a consideraciones muy específicas. Entre esos pueblos debemos distinguir por su elevado desarrollo al grupo náhuatl en el que sobresale el pueblo azteca o mexicana.

De este pueblo del que existen múltiples testimonios: arqueológicos e históricos; fuentes diversas, las transmitidas, primero oralmente, más tarde transcritas en náhuatl y en español; representaciones escultóricas en piedra y en cerámica, pictóricas en códices y murales, en fin amplia serie de elementos que permiten conocer como en él existieron discapacitados muy diversos que convivieron con la sociedad común, ordinaria; cómo fueron conceptuados, comprendidos, cuál fue la explicación de su incapacidad, cuál su tratamiento y cómo acerca de ellos surgió una reflexión y una conducta en la que percibimos humana comprensión y no rechazo; fraternal piedad, cordialidad hacia el semejante, ayuda, respeto.

En torno a este problema de diferencias físicas, psíquicas y morales, Arturo Rocha, joven pero formado reciamente, estudioso, inquisitivo, constante, riguroso, reflexivo, nos entrega penetrante estudio en torno a la incapacidad en el México antiguo. "*Nadie es ombligo en la tierra*" es parte del título que surge de un adagio indígena que enuncia muy bien este tratado.

Su estructura es clara y precisa y responde muy bien al tema escogido. Cinco amplios y bien delineados capítulos responden a la formulación lógica de esta obra y encierran la materia tratable. Luego del llamado *Anecdotario* que se ocupa de la conciencia y vivencia de la discapacidad en el México antiguo, y el cual sirve de preámbulo o presentación del tema, hecho con amplitud, claridad y bien sustentado, pues señala las distintas formas de incapacidad que eran conocidas y que afligían al pueblo náhuatl: físicas, corporales; biológicas, neurológicas, mentales, mil formas de anormalidad. También se menciona su enunciación o conocimiento, su tratamiento; la conducta a seguir frente a los incapacitados, el tratamiento a darles, material, moral y religioso. Además se coteja la experiencia vital de varias culturas con la mexicana.

Un segundo capítulo denominado *Abusiones*, reúne las concepciones culturales; religiosas, morales, psicológicas que el pueblo azteca tuvo acerca de los incapacitados, como interpretó su extraña otredad, su significación. Averiguar el origen físico biológico de las diferencias formales e intelectuales y asignar a razones cosmológicas, y religiosas o simplemente supersticiosas o efecto de la magia esos males, es el contenido de este apartado. Debemos afirmar que todos y cada uno de los capítulos está seriamente sustentado por amplio, correcto aparato crítico que señala las fuentes de que deriva la información. A veces, como consecuencia de la corta edad del autor, que teme se desconfíe de sus asertos, las notas son abrumadoras, amplias, abundantísimas. Nuevos trabajos reveladores de su constancia en la investigación, su capacidad reflexiva y poder de síntesis le desembarazarán de este afán de citación. Por ahora es recomendable y confirma que cada aserto tiene su correspondiente sustento.

Los capítulos tercero y cuarto divididos en *Terapéutica I y II*; el primero dedicado a la discapacidad física y el segundo a la mental y aspectos relacionados con el sistema nervioso, nos entregan amplio repertorio que muestra como esos casos eran tratados, como los pacientes de una y otra forma recibían una terapéutica reveladora de los conocimientos médicos existentes dentro de la extensa y variada cultura nahua.

Las incapacidades como sordera, ceguera, mudez, epilepsia, locura, oligofrenia o debilidad mental, movimientos impedidos y paráli-

sis, están ampliamente presentadas, descritas, de acuerdo con los testimonios y fuentes más respetados y mejores. De acuerdo con su enunciado en esos capítulos se aborda el sistema terapéutico empleado para esos casos y se hace mención muy amplia, de la medicina tradicional utilizada, principalmente de la derivada de las plantas. En estos capítulos Rocha vertió cuanto se conoce en torno del empleo de la herbolaria, proporcionando rica y bien actualizada información.

El capítulo quinto llamado Tenonotzaliztli, al gusto de los admiradores y amantes de la cultura náhuatl, trata de las exhortaciones morales que encontramos en la literatura náhuatl, referentes a las discapacidades físicas y morales. Nuestro joven historiador reseña los testimonios reveladores de las reflexiones filosófico-morales que se hallan tanto en los textos indígenas como en los elaborados por los religiosos que se ocuparon de estudiar religión y cultura en los pueblos precortesianos, testimonios muy vastos y contentivos de un pensamiento sólido, positivo, generosamente humano en torno a la existencia de las incapacidades, como el trato que se deberían otorgar a sus portadores. Este capítulo que cierra el texto claro, emocionado, correcto y preciso de Arturo Rocha, es como un resumen bien delineado de la conceptualización que el pueblo nahua tenía de las diferencias somáticas y fisiológicas que existían entre los miembros de su comunidad.

La utilización de reflexiones que frailes sabios y santos como Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún y otros más que hace este novel autor, referentes a las incapacidades enriquece enormemente la obra. El resumen que se ofrece en el último apartado, nos permite cotejar las semejanzas y diferencias entre el pensamiento occidental cristiano y el de los indígenas mesoamericanos, las explicaciones últimas, en torno a la discapacidad, y la posición que sus víctimas deben tener dentro de su comunidad y el tratamiento o conducta que respecto a ellos se debía emplear.

La conceptualización de la incapacidad de los humanos no es pareja ni en el tiempo ni en el espacio. El régimen vital relativo a los disformes fue muy diferente entre los pueblos mediterráneos y los mesoamericanos. Si los espartanos desearon sociedades sanas y perfectas, los americanos también las quisieron. Los primeros cronistas narran como los indígenas del altiplano mexicano, bañaban en aguas heladas a los niños para que adquirieran vigor y fuerza. El Cristianismo impregnó de nobles y humanísimos sentimientos el trato y la consideración a los incapacitados. La bondad de Cristo se volcó hacia los ciegos, los mudos, los epilépticos: les imprimió vida saludable, los incorporó a la comunidad de la que habían sido desechados. Auténticos cristianos siguieron ese

ejemplo y por ello crearon hospitales, asilos, instituciones múltiples para tratar con amor a los imperfectos. Rocha recoge en su libro bellísima expresión que escribió fray Andrés de Olmos, al comentar que numerosos grupos indígenas sabían tratar con ternura y respeto, con “ternura de amor” a los incapaces física y mentalmente.

Y ahora, algunas reflexiones que sugiere la obra.

Es de recordar que ya desde el medievo, en las cortes de los señores feudales y posteriormente en las de Reyes y Emperadores, se acogía más con afanes de diversión, de morboso entretenimiento a los disformes -más que por el afán de brindarles protección- a multitud de incapacitados, convirtiéndolos en bufones de la nobleza, en objeto de diversión y de burla. Las crónicas de la conquista nos movían al pintar el esplendor de la corte de Moctezuma, que este tenía departamentos llenos de seres discapacitados, cuyas funciones no se detallan bien. ¿Podrían servir como bufones, como rigoletos que divirtieran a los funcionarios del palacio?

No cabe duda que frente a hombres y grupos que actuaban con “ternura de amor”, con honda caridad que es también amor ante los discapacitados, muchos otros obraban con sorna, con espíritu hiriente, con desprecio inhumano ante ellos. ¿Problemas de sensibilidad, de cultura, de comprensión ante el otro disforme, o desdeñosa maldad, ofensa a la otredad y absoluta carencia de amor? Estas interrogantes, son las que nos surgen al leer una obra como la que hoy comentamos.

Debemos agregar como un acierto más de este trabajo, las reproducciones y menciones científicas de las plantas que con riguroso cuidado hace el autor y también el aspecto formal del libro, editado con pulcritud, buen gusto y galanura.

Muy recomendable resulta el apoyo que una institución, como Teletón ha dado a esta preciosa obra.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

*Códices cuicatecos.* Porfirio Díaz y Fernández Leal. Edición facsimilar, contexto histórico e interpretación por Sebastián van Doesburg, 2v., México, Gobierno Constitucional del Estado de Oaxaca-Secretaría de Asuntos Indígenas, Miguel Ángel Porrúa, 2001. Estudio y comentario, 231 p. + facsímile.

Del estado de Oaxaca proviene quizá uno de los *corpus* pictográficos más importantes y representativos de México. En efecto, rica es en verdad esta área cultural donde conviven actualmente mixtecos,